



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Adolescencia: doble imagen de la comunicación en Los Ríos Profundos de José María Arguedas

Autor: Day, John F.

Forma sugerida de citar: Day, J. F. (1987). Adolescencia: doble imagen de la comunicación en Los Ríos Profundos de José María Arguedas. *Cuadernos Americanos*, 4(4), 154-162.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 4, (julio-agosto de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ADOLESCENCIA: DOBLE IMAGEN DE LA COMUNICACION EN LOS RIOS PROFUNDOS DE JOSE MARIA ARGUEDAS

Por John F. DAY
UNIVERSIDAD DE AUSTIN, TEXAS

EL mundo indígena andino forma parte de una sociedad bicultural en la que no tiene ni voz política o económica ni un ambiente favorable al intercambio de cualquier idea, deseo o preocupación. Queda al margen de esta sociedad, dominado por los terratenientes, la Iglesia y el Estado. La larga historia de esta situación complica el asunto.¹

José María Arguedas, en su obra literaria, se preocupa por exponer y explicar esta situación, poniendo énfasis en la perspectiva del indígena sin que intente crear una imagen idealizada de ella. La crítica literaria ha señalado los muchos temas y realidades que Arguedas ha tocado en su ficción, hablando de la nueva visión que ha creado de la materia que trata. Julio Ortega advierte que "la narrativa de Arguedas no se agota en la simple 'captación del mundo indígena'", y al referirse a los cuentos de *Agua*, afirma que "ya entonces, anunciaban la profunda transformación de un realismo testimonial en la compleja elaboración del lenguaje".²

Un elemento fundamental de esta nueva visión, de esta compleja elaboración del lenguaje, es el de la comunicación. Claro que en primer lugar la necesidad estética de reproducir o caracterizar la perspectiva indígena exige adecuados recursos técnicos. El medio de comunicación del mundo indígena —el quechua— es problemático porque al tratar de dar su equivalente en castellano, se tiene que utilizar un castellano distinto del común, debido al mayor grado afectivo del quechua, y además a la manera de la cultura indígena de percibir el universo.³

¹ Véase la colección de ensayos sobre este asunto en César Arróspide de la Flor *et al.*, *Perú: identidad nacional*, Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 1979.

² Julio Ortega, *La contemplación y la fiesta: notas sobre la novela latinoamericana actual*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1967, p. 57.

³ Para una discusión más amplia de este problema véase Ortega, *La contemplación y la fiesta...*, p. 58.

Sin embargo, una consideración más profunda en lo que se refiere al lenguaje es la de las funciones que éste tiene en la sociedad bicultural de los Andes peruanos, o sea la comunicación y la incomunicación, y el papel de esta última en la injusticia humana. En su libro *La cultura peruana*, Julio Ortega extrae así la visión latente en la obra de Arguedas:

En sus libros asistimos al espectáculo más atroz de todos: el de los hombres ejerciendo la injusticia involuntaria y voluntariamente. El mundo aborígen es el de la comunicación. Los hombres del Ande ejercen una amplia correspondencia con la naturaleza, y el escritor recupera de esa fuente el lirismo maduro de una añoranza de vida fracturada por la condición marginal. Esa comunicación es, pues, insular. La rodea por todas partes su imposibilidad porque el mundo del poder establecido es el de la incomunicación. El indio está prohibido de hablar. En el orden de la injusticia su palabra está condenada.⁴

La novela *Los ríos profundos* de Arguedas encierra esta preocupación nitidamente; la comunicación ocupa en ella un lugar central. Ortega, en su estudio de esta obra, concluye que "sobre este debate, el de la comunicación, se organiza peculiarmente este relato".⁵

Más específicamente existe el problema del uso de la comunicación. En *Los ríos profundos* se ve imponerse el poder por medio del lenguaje. Ejemplos de emisores de este uso, empleando aquí los términos de Roman Jakobson, son el Viejo, quien en el encuentro con Ernesto le pregunta por su nombre, "signo de la autoridad del emisor en el acto de comunicación", según nota Ortega,⁶ y el Padre director del colegio, quien se vale de su cualidad de orador sagrado para promover ideas políticas:

El Padre Director empezaba suavemente sus prédicas. Elogiaba a la Virgen con palabras conmovedoras; su voz era armoniosa y delgada, pero se exaltaba pronto. Odiaba a Chile y encontraba siempre la forma de pasar de los temas religiosos hacia el loor de la patria y de sus héroes. Predicaba la futura guerra contra los chilenos. Llama-

⁴ Julio Ortega, *La cultura peruana: experiencia y conciencia*, México, FCE, 1978, p. 53.

⁵ Julio Ortega, *Texto, comunicación y cultura: "Los ríos profundos" de José María Arguedas*, Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 1982, p. 10.

⁶ *Texto, comunicación y cultura...*, p. 28.

ba a los jóvenes y a los niños para que se prepararan y no olvidaran nunca que su más grande deber era alcanzar el desquite.⁷

Ejemplo de receptores y los resultados de este uso de la comunicación son los pongos y los colonos, quienes casi no pueden o no se atreven a decir nada, tan arraigada es ya la dominación de los terratenientes y el Estado. Ernesto viene a saber la verdad de eso en la casa del Viejo, al tratar de hablar al pongo que sigue tras Ernesto y su padre cuando van al cuarto en que se quedarán la noche:

—¿No sabe hablar? —le pregunté a mi padre.
—No se atreve —me dijo. A pesar de que nos acompaña a la cocina .. Tenía un poncho raído, muy corto. Se inclinó y pidió licencia para irse. Se inclinó como un gusano que pidiera ser aplastado. (p. 17)

Reaccionan de una manera parecida las mujeres de la hacienda Patibamba, que rodea Abancay, cuando Ernesto quiere hablar con ellas. Éstas se rehúsan con vehemencia:

—¡Mánan! ¡Ama rimawaychu! (¡No quiero! ¡No me hables!) —me contestaron.

Tenían la misma apariencia que el pongo del Viejo... Ya no escuchaban ni el lenguaje de los *ayllus* [comunidades de indios]; les habían hecho perder la memoria; porque yo les hablé con las palabras y el tono de los comuneros, y me desconocieron. (p. 43)

Que el mundo indígena es el de la comunicación se ve a través de la obra por una variedad de situaciones. Las canciones de los indios en las chicherías, por ejemplo, comunican mucha información cultural, como sus esperanzas, creencias y aún algo del carácter del lugar de origen de la canción y del cantante:

Cuando cantaban con sus voces delgaditas, otro paisaje presentíamos; el ruido de las hojas grandes, el brillo de las cascadas que saltan entre arbustos y flores blancas de cactus, la lluvia pesada y tranquila que gotea sobre los campos de caña... (p. 47)

En Ernesto, personaje central de la novela, vemos la riqueza y plenitud de esa comunicación del mundo indígena en sus esfuer-

⁷ José María Arguedas, *Los ríos profundos*, Lima, Horizonte, 1980, p. 43. Todas las referencias a esta obra serán de la misma edición.

zos por evocar al río Pachachaca, por ejemplo: "Y tú; ¡río Pachachaca!, dame fuerzas para subir la cuesta como una golondrina" (p. 150); o de hablar con su padre por medio de su trompo: "Puse los labios sobre uno de sus ojos. 'Dile a mi padre que estoy resistiendo bien' —dije" (p. 116); o a comunicar en el canto del rondín: "Quiero mandarle un mensaje a mi padre, en el canto del rondín... Yo imploraré al canto que vaya por las cumbres, en el aire, y que llegue a los oídos de mi padre." (p. 136). Además notamos que esa comunicación se recupera por medio de lo mítico, como lo muestran los pasajes citados más arriba. También se recupera por la interacción y correspondencia con la naturaleza, como hemos visto en la afirmación de Julio Ortega.

Entonces no es arriesgado concluir que Ernesto es la 'voz' del mundo indígena y que él, principalmente, recupera y conserva lo mítico, aunque no dejamos de observar que tiene dudas acerca de este sistema cultural. Por ejemplo, dice a Palacitos: "¿Llegará la música hasta Coracora si le ruego en quechua? Tú sabes mejor que yo de estas cosas" (p. 136). No obstante esto, no le quita su valor de representante de lo indígena.

Además es importante, para la interpretación de la obra y para el tema de la comunicación, que Ernesto sea adolescente. El elemento de la fuerza vital que se relaciona con la adolescencia caracteriza la comunicación, especialmente una tan animada, rica y afectiva como la del texto de *Los ríos profundos*. Sentimos esa vitalidad en la reacción de Ernesto frente a la rebelión de las chicheras en la que desafía la autoridad del director del colegio, el Padre Linares, y anda con aquéllas para participar en la distribución de la sal. Está rebelándose y afirmándose. La adolescencia como símbolo de lo vital apoya la lectura en la que Ernesto ejemplifica la comunicación del mundo indígena.

A la vez, como hemos visto más arriba, algunos personajes representan la incomunicación y la estratificación social —el Viejo y el Padre Linares son dos casos sobresalientes. Ellos son, precisamente, adultos y ladinos, cualidades que se oponen, por definición, a las de 'niño' e 'indígena', que identifican a Ernesto.⁸ Hemos visto también que la incomunicación significa el poder, la autoridad y la manipulación de otros. Así que vemos las metáforas implícitas en la obra.

Todo lo que hemos citado y dicho arriba en cuanto al nivel

⁸ Reynaldo Jiménez observa que "Ernesto es hijo de blancos, pero criado entre los indios de un 'ayllu', o comunidad indígena" ("Realidad y mítica or el narra'or-niño en *Los ríos profundos*", en *Texto Crítico*, núm. 14 (1979), p. 106.

simbólico de Ernesto y de otros personajes en la novela nos lleva a preguntarnos si esta relación de oposiciones encierra otro nivel de lectura, de sentido, de la situación dialéctica comunicación-incomunicación que viven los miembros de la sociedad peruana.

Conuerdo con Reynaldo Jiménez, quien reconoce "el cabal entendimiento del estadio vital 'niño' por parte de Arguedas, el criterio operante en su selección del niño como narrador-testigo y ... la función real y totalizadora de éste en la novela",⁹ que "la vuelta de Arguedas, o de Ernesto, su *alter ego*, a los valores de su niñez al comienzo de la novela, no pretende analogar el pensamiento indio a la etapa de la infancia", y creo que el intento de Arguedas va más allá que la conclusión de Jiménez según la cual "tiene por objeto recoger, comprender y divulgar los resortes íntimos operantes en el indio actual".¹⁰ Creo que Arguedas ha querido mostrar que la edad de Ernesto, o sea la adolescencia, es un símbolo de la situación del hombre indígena. Esto implica que no sólo el estadio vital 'niño' recoge metafóricamente el elemento de la comunicación que caracteriza el mundo indígena, sino que los muchos problemas, traumas y prohibiciones que asociamos con la adolescencia caracterizan el dilema frente al indio actual; todos ellos complican y dificultan la realización de la comunicación para la cual el indio lucha o necesita luchar.

Al reconocer la acción positiva del desafío del Viejo y el poder estratificado que Ernesto realiza por medio del lenguaje en el primer capítulo, es también imprescindible notar las cualidades negativas que se impone la adolescencia, que a su vez tiende a minar la comunicación. La acción simboliza la reafirmación de la comunicación, la igualdad e independencia del indígena, pero el narrador no deja de precisar la dependencia de Ernesto respecto de su padre. Aquél acude a éste para resolver sus problemas, contestar sus constantes preguntas, y apaciguar sus temores y dudas, cualesquiera sean. El primer capítulo da abundantes ejemplos de esa dependencia: las preguntas de las murallas y la historia del Cuzco en general, los abrazos a su padre y la obediencia estricta a sus órdenes.

⁹ Art. cit., p. 114.

¹⁰ Art. cit., p. 116. Para otros comentarios parecidos véase Luis Leal, *Breve historia de la literatura hispanoamericana*, New York, Alfred A. Knopf, 1971, p. 289; se trata este asunto además en Juan Manuel Marcos, "La temura pensativa de José María Arguedas", en *Revista Iberoamericana*, 50,127 (1984), pp. 445-57, en Roberto Paoli, "Los ríos profundos: la memoria y lo imaginario", en *Revista Iberoamericana*, 48, 118-119 (1982), pp. 177-190, y en Juan Larco ed., *Recopilación de textos sobre José María Arguedas*, La Habana, Casa de las Américas, 1976.

A través de todo el texto esas características, y otras que veremos, se repiten, de manera que definen y subrayan el problema del indio actual. Esto nos hace recordar y reconocer que la adolescencia es un período complejo de dependencia, inseguridad, formación incompleta (tanto física como emocional y psicológica), inocencia, frustración, dudas y aprendizaje (lingüístico y cultural). Es un período de transición hacia el ser adulto, en el que todavía se es niño gobernado y protegido.

Aún es por el Padre Linares, después de haber actuado independientemente en varias situaciones, por quien Ernesto se deja guiar cuando los dos hablan del regreso de Ernesto a su padre:

- ¡Tú no saldrás del Colegio! —exclamó, con inesperado enojo.
 —Voy a traerte aquí un reloj despertador. Sonará a las cuatro de la mañana. Hay un nuevo portero. Duerme en la cocina.
 —¿No me dejará usted salir para despedirme de Abancay? —le rogué.
 —Le he prometido a tu padre... (p. 214)

Los adultos en la novela insisten en señalar esa relación al hablarle a Ernesto: su padre le dice "Quizás, hijo. Tú piensas todavía como un niño" (p. 16); el pongo del Viejo, "¡Niño, niñito! me dijo a mí, y vino detrás, gimoteando" (p. 19); el Hermano Miguel, "Eres un pequeño, y estás al cuidado del Colegio" (p. 113); el Padre Linares "ya sé, por los cielos, que necesitas mi protección" (p. 133). Muy parecida es la relación entre los indígenas y los representantes del mundo occidental, en la que éstos tienen el poder y mandan a aquéllos. Hasta los tratan como seres inferiores, algo menos que adultos maduros y psicológicamente independientes, incapaces de manejar su vida por sí mismos, y por consiguiente a los que se prohíbe una plena comunicación.

De igual modo, el aislamiento y la angustia que siente Ernesto como adolescente pueden traducirse como el aislamiento comunicativo (y la angustia resultante) del indígena, separado del mundo occidental por diferencias culturales. Se destaca el dolor de esta realidad en las afirmaciones del narrador: "ningún pensamiento, ningún recuerdo podía llegar hasta el aislamiento mortal en que durante ese tiempo me separaba del mundo... llegaba la noche, la soledad, mi aislamiento, seguían creciendo... y viví abandonado... lloraba a gritos en las noches" (pp. 61-62).

La decisión de Ernesto de pelear por primera vez contra su discípulo Lleras forma parte del desafío en general, que hace —o debe hacer, física o intelectualmente— el adolescente para afirmar

su propio poder, valor e independencia; a la vez es el que necesita hacer —figurativamente— el indígena para lograr su independencia. El nacimiento en Ernesto del conocimiento de lo sexual y el temor y el misterio relacionados con ello, también subrayan lo emocional y traumática que es la situación del indígena, una especie de inseguridad y falta de afirmación en la comunicación.

Con respecto al lenguaje hay un vínculo importante entre la adolescencia de Ernesto y la preocupación del indígena. Para el ingreso al mundo occidental hace falta el dominio del español y por extensión una educación general, incluyendo la alfabetización del individuo. Ernesto encierra este mismo apuro. Para ser aceptado en el colegio tenía que leer bien. Así lo dice:

Cuando ingresé al Colegio no sabía leer en voz alta. Fracasé la primera vez y fui relevado a los pocos instantes. Así pareció confirmarse que la causa de mi retardo no era la vida errante que había llevado, sino alguna otra más grave. Pero a los quince días, pedí leer nuevamente —había ensayado muchas horas— y sorprendí a todos... Los internos dejaron de tomar la sopa por unos instantes y me miraron. Desde entonces fui uno de los lectores predilectos de todos los Padres... (p. 76)

En el microcosmos de la sociedad peruana que es el colegio puede verse la importancia de ese talento, y los que no lo tienen ni lo desarrollan fracasan allí. El adolescente en general tiene que probar su madurez para manejar bien el idioma. Además se nota la interferencia y reacción negativa hacia la manera de expresarse de Ernesto, o sea la indígena, la del quechua, por parte de otros. El padre Linares cree que desvaría cuando habla así. "O eres enfermo o estás enfermo", le dice a Ernesto (p. 108).

No hay que olvidar tampoco que el narrador adulto no aparece en la acción novelesca. Esta omisión refuerza el poder metafórico de la adolescencia. Aunque inferimos que el narrador es adulto, y que después de algún tiempo ha decidido contar algo de su niñez¹¹ no sabemos cuál es su edad, ni cómo ha cambiado (madurado) en su manera de percibir el mundo —si es que ha cambiado— porque él se expresa con la misma perspectiva indígena: se vale de las mismas imágenes (naturales y míticas), y los mismos medios afectivos del quechua para describir y analizar los acontecimientos de la novela. Por ejemplo, la imagen del río como un ser

¹¹ El narrador nos dice en dos ocasiones que "tenía" catorce años entonces (pp. 18, 102).

consciente y poderoso muestra la misma actitud mítica en el diálogo de Ernesto (aquí a Antero): "¡El Pachachaca la ayudará!... Quizá revuelva su corriente y regrese, cargando las balas de los chunchos" (p. 145), que la imagen de los colonos en los pensamientos del narrador al fin del libro: "Si los colonos, con sus imprecaciones y sus cantos, habían aniquilado a la fiebre, quizá desde lo alto del puente la vería pasar arastrada por la corriente..." (p. 226).

Aunque se considerasen como el monólogo interior de Ernesto y no como los pensamientos y perspectivas de un narrador adulto, en tales comentarios no hay nada que pruebe que el narrador ha llegado a ser un adulto, lo cual enfatiza el valor metafórico de la adolescencia, y de allí los elementos de la comunicación a los que hice referencia más arriba. El autor no se ha esforzado en distinguir entre el pensamiento de Ernesto y el del narrador. La ambigüedad por parte de Arguedas sugiere una lectura metafórica: si viéramos la perspectiva y comportamiento del narrador en la acción novelesca, veríamos también una persona comprometida por la situación actual del indígena, y así el relato de la niñez podría quedar como el de cualquier adolescente del mundo indígena, sin ir más allá. En cambio deja al lector con un resultado abierto: cómo el indio actual todavía no ha logrado alcanzar libertarse y comunicarse con el mundo occidental. Arguedas no ha querido mostrar esta fase de la vida del que lucha, por ser no la realidad actual, sino la de un porvenir deseado pero no seguro.

Así todo el texto viene a ser mucho más que un discurso del trauma adolescente de alguien que vive en un mundo dominado por otro; viene a ser además la imagen de todos los indios andinos de cualquier edad. Las personas del mundo occidental los tratan como niños —no siempre con actitud negativa (vemos que son capaces de mostrar cariño, amor, e interés, como en el caso del Padre Linares)— pero siempre como seres menos que adultos, desiguales e inferiores, sin una formación y conocimientos suficientes, carentes de la habilidad de comunicarse. Según los que tienen el poder, necesitan un guía, protector o patrón, o sea una 'voz'. Sólo los que desafían ese orden pueden intentar realizarse. Los Ernestos de ese mundo tal vez puedan lograrlo, como parece que él lo hace en el fin del libro cuando sale del colegio solo. Es una empresa que exige optimismo, fuerza y tiempo, cualidades que posee la adolescencia. Esto es lo dinámico de la metáfora de la adolescencia, lo vital y regenerador, combinado con lo protegido y gobernado. La adolescencia (que es Ernesto, lo mítico y lo indígena) es una doble imagen del dilema del indígena: por un lado la vi-

talidad —esperanza requerida por el indígena en su lucha ; por otro lado su opresión, dependencia y sumisión en la realidad. Es una imagen dinámica, de tensión entre el ideal de la comunicación y la realidad de la estratificación social e incomunicación.